

La formación de la cultura chilena según la influencia de las nacionalidades extranjeras*

Dr. MIGUEL DA COSTA LEIVA
Profesor de Filosofía
de la Universidad de Concepción

I

Intentar bosquejar el aporte con que las distintas nacionalidades han coparticipado en plasmar una entidad denominada “cultura chilena” implica primeramente aclarar el sentido que posee el concepto “cultura”, en general, y en seguida, observar si es legítimo o no el uso y reconocimiento de una especificidad como la cultura “chilena”.

El concepto de cultura ha venido problematizándose desde la sofística griega. Ellos fueron los creadores de la conciencia cultural en que el espíritu griego alcanzó su “telos” (fin) y la íntima seguridad de su propia forma y orientación. El concepto, primeramente designó el proceso de formación del individuo, pero más tarde se extendió al ser formado y al contenido mismo, abrazando, por último, lo que hoy llamamos “cultura espiritual” en toda su totalidad. Al hilo de la filosofía del espíritu, la cultura es entendida hoy día como todo objeto o proceso

*Conferencia dictada en el Salón de Actos de la I. Municipalidad de Concepción, en el Acto Inaugural del Segundo Congreso Nacional de Institutos Binacionales de Chile de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual (24 de octubre de 1980).

al cual se le ha incorporado un valor, que tiende a un valor o está subordinado a él. Los objetos de la cultura son así formados o transformados por el espíritu. Pero la cultura no es solamente lo creado, lo formado y lo transformado por el espíritu; es, también, el "acto" de esta transformación, el proceso de la actividad humana que se objetiva en los bienes. A este proceso habitualmente se le llama "espíritu subjetivo", para establecer la diferencia con el "espíritu objetivo" de la vida humana, constituido por todo ese conjunto de los objetos culturales. Como se puede observar, la cultura viene a ser el mundo propio del hombre, lo cual no desestima que el hombre viva también dentro de otro mundo que es la Naturaleza. De ahí que la cultura es, antes que nada, humanización, tanto en el proceso que nos hace hombres, como tales, como al hecho de que los productos que pasan por sus manos queden, a su vez, humanizados. La historia del hombre viene a ser una historia de la cultura en cuanto allí se explicitan los procesos de transformación del mundo y simultáneamente la transformación del hombre. Si es posible definir un tipo especial de hombre con el apelativo de "chileno", inscrito en un medio distintivo en el cual es necesario desarrollar determinadas energías, concepciones e ideas, también es pertinente hablar de una "cultura chilena". La naturaleza que nos rodea, ¿tiene algo de peculiar respecto a otros pueblos? Es un asunto a dilucidar en detalle. No es fácil descartar *a priori* que nuestro pueblo posea una singularidad que lo haga diferente a sus vecinos. Tampoco se puede afirmar que es igual a cualquier otro. Ya los primeros europeos que arribaron aquí hablaban de las bondades y angustias de estos confines. Chile es un territorio que tiene la paradoja de su ser insular, a pesar de estar en un continente. Un desierto, una alta cordillera, un inmenso mar y el inhóspito casquete polar, constituyen sus límites peculiares. Son éstos, derroteros difíciles para cultivar la vida humana, pero no desconocidos para el temple del hombre que hasta allí se ha atrevido a aventurarse en busca de un destino. El chileno no se ha quedado remolonamente sólo en el valle central, que posee uno de los climas más benignos del mundo, sino que ha trocado su tranquilidad por la aventura y el peligro. Gusta de ser intrépido y ha salido en procura de lo desconocido, de la tierra difícil y azarosa. Se lanzó al desierto a remover sus entrañas, subió a la cumbre de los nevados para otear el horizonte, se sumergió en el bravo océano que, equivocadamente, se apellidó "Pacífico" y se cuela de frío hasta la mismisidad de su alma en los últimos confines de la región antártica. El ñeque del "roto chileno" supo aguantar calores, heladas, miedos y angustias donde

otros no fueron capaces. De vez en cuando la tierra se despereza en convulsiones telúricas con secuelas de dolor y muerte. A todos estos signos el hombre de estos lares se ha ido aclimatando. ¿Es éste realmente el chileno, el que ha ido constituyéndose a través del tiempo en una cuota continua de distintas razas; el que ha ido asimilando las virtudes y defectos de hombres venidos de otros lugares del planeta, pero que la tierra y las circunstancias los han ido transformando en un bien común? Este es un pueblo forjado con el concurso de muchas voluntades y músculos. Los bienes culturales de que somos capaces, son producto de un proceso homogeneizador, cuyas raíces hay que irlas a buscar desde los inicios mismos de nuestra nacionalidad, y que han ido enriqueciéndose con la incorporación paulatina de aportes traídos desde el Viejo y Nuevo continente en distintas épocas, sin olvidar el fundamento último que posee nuestro tronco vernáculo y original.

¿Es el medio distintivo el que forjó una voluntad también diferente?, o ¿es la mezcla de razas y sus correspondientes valores espirituales los que han prevalecido en la constitución del chileno? Ni lo uno ni lo otro en forma excluyente. Ambos factores han actuado en un proceso convergente que aún no ha concluido. El hombre chileno y su cultura están aún moldeándose por la influencia de factores diversos en su origen y en su grado de influencia. Nuestras tradiciones no poseen, en algunos respectos, la fuerza y gravedad de otros conglomerados porque aún somos una nación joven, porque los procesos que inciden en el alma de los pueblos exigen necesariamente el paso de varias generaciones. De vez en cuando afloran nuestros defectos y también algunas virtudes. La decantación tiene y debe producirse en tanto hagamos consciente el proceso de chilenización, o mejor dicho, cuando reparemos en nuestra unidad espiritual distintiva para afrontar con perspectiva propia los desafíos que esta naturaleza, que tenemos al frente, es capaz de conculcarnos. Este no es un hecho nuevo. Desde los albores de la nacionalidad nuestro hombre debió acostumbrarse a luchar con un medio que a momentos se trocaba inopinadamente. A veces, fueron los sismos y maremotos, otras las lluvias e inundaciones, el calor y las sequías, etc. A todos estos contratiempos debió aplicar técnicas especiales para sobrevivir. Es curioso constatar en este sentido el impacto que sufrían los extranjeros que llegaban al país. Muchos quedaban asombrados y consternados por estos problemas. No hay que desconocer que la angustia, el miedo y la desesperanza hicieron flaquear, más allá del límite razonable, el interés por quedarse a vivir aquí. Pero siempre surgió el optimismo, la esperanza por rehacer lo ya hecho, por empe-

zar de nuevo. Asombra enterarse por la historia de las vicisitudes de aquellos hombres venidos de tan lejos. De la noche a la mañana perdían una vida de esfuerzos porque la naturaleza, en uno de sus periódicos arranques coléricos, les quitaba todo lo hecho. Pero con una devoción que no es usual en otras latitudes, viejos, jóvenes y mujeres se daban de nuevo a la ingente tarea de reconstruir. Chile es un país donde prima, por ello, un sentimiento de la reconstrucción, un volver a hacer las cosas, un siempre empezar de nuevo. La naturaleza nos ha acondicionado de esta manera. Cuando todo se ha destruido hay que hacer fuerza en el sacrificio para recomenzar. Tal vez por ello es que las cosas no son durables; mantenemos el sino de lo efímero, de la transitoriedad. Las viejas tradiciones son algo todavía ininteligible para nosotros; primero por la juventud de nuestra raza, y segundo, por el condicionamiento natural de que hemos sido objeto por fuerzas más allá de nuestra incumbencia y poder. Sin embargo, mantenemos una unidad como pueblo muy especial. La psicología que configura nuestro carácter no determina diferencias tan marcadas que nos hagan distinguir realmente subculturas en nuestro territorio, por más que algunos quieran encontrarlas artificialmente. Los grupos de alemanes, italianos, franceses, suizos, portugueses, araucanos, etc., que se fueron incorporando a nuestra nacionalidad, con traer valores típicos a sus respectivos pueblos, poseen, no obstante, un sello característico que los define más como chilenos antes que sus nacionalidades de origen. Existe, pues, una especie de continente común, al que se van integrando los individuos, tanto nacionales como extranjeros, que les da una fisonomía característica de la cual resulta el hombre chileno. Un continente cultural que se ha ido formando con el aporte de muchos y que, en definitiva, es la cultura chilena en trance de formación, como dijimos.

Es una cultura ciertamente problemática, muchas veces amenazada, insegura, desigual y, sobre todo, incompleta. Le ha faltado una base estable en muchos aspectos, especialmente institucional en que descansan otras culturas, base indispensable que haga posible una transmisión más expedita y asegure una penetración social más efectiva. La cultura chilena ha tenido que irse constituyendo un poco al azar, espontáneamente, defendida su vitalidad por uno que otro quijote, que ha demandado interés mayor o que ha lanzado un estado de alerta por los embates que contra ella se producen. Es una cultura que ha tenido que "ganarse el pan", jornada tras jornada, en medio, muchas veces, de la indiferencia o la hostilidad de los mismos chilenos que no se dan cuenta

de su existencia como tal. Nuestra cultura ha vivido un poco a la intemperie, como ocurre después de un gran terremoto, con techos provisionales y siempre poco duraderos, con un destino a veces incierto.

Pero a pesar de estas dificultades, ha sabido sobrevivir y, aún más, ha demostrado un rasgo que nos parece ser el más distintivo de todos. Desde el siglo pasado, especialmente, la cultura chilena intenta ser "creadora". Es posible que aún no haya madurado y que veamos muchas innovaciones que nos parezcan raras. Sin embargo, en todo este proceso sinuoso, con signos positivos y negativos, observamos la constante creatividad. Notamos que a sí misma no ha dado la suficiente definición de este valor ni tampoco se ha visto la necesidad de arraigarlo con más sistematicidad entre nosotros. Nuestra cultura no ha solidado "completar" sus esquemas, redondearlos en forma plena y lograda para definirse como tal. Y esto es fundamental para proyectar y plasmar adecuadamente un proceso educativo que, precisamente, traspase esos bienes espirituales y, sobre todo, realice en forma mucho más positiva el proceso de "formación" del hombre y ciudadano chilenos.

Nuestra cultura rara vez ha tenido prestigio social. Esto es grave. Sus representantes no han sentido, con la intensidad que es menester, el respeto de la sociedad en que vivían; les ha faltado el aliento y apoyo en su tarea. Hay que darse cuenta que son, justamente, los aportes e ideas que éstos hacen los que configuran la cultura nacional en todo aquello que tiene de originalidad y trascendencia histórica. Los bienes así producidos pasan a ser patrimonio nacional y hasta universal, y son los que definen al país en una perspectiva de desarrollo mucho más planetaria, puesto que constituye la contribución, modesta y escasa, si se quiere, pero significativa, a la cultura occidental. No nos podemos jactar de ser los mejores, pero tampoco los peores. En nuestro siglo, nuestra cultura, en cuanto a formas literarias, artísticas e ideas, tiene una dimensión creadora capaz de compararse con muchas otras, y en cierto sentido resulta incomparable.

Nos falta difusión de nuestros valores propios, cualquiera sea su origen ancestral. En unos aflorará la profundidad silogística del germano; en otros, la exuberancia apasionada de las formas estéticas del italiano; en fin, la practicidad del inglés o la trascendencia del español y el valor del araucano. Todas estas cualidades, amalgamadas en apellidos que riman entre consonantes de lenguas exóticas y vocales de la meseta castellana, tipifican al chileno en el momento de expresar una idea o de emprender una acción original. Porque aquí nos encontra-

mos con que también existen valores que nos definen. Lo que a ratos hacemos en el tiempo histórico constituye expresiones de la continuidad del impulso creador. No olvidemos que las obras de la cultura significan los diversos reflejos de la mirada del hombre sobre el mundo, sobre su entorno, de esa mirada que ha puesto sobre sí mismo a través del espejo de su conciencia. Por eso que las obras que produce la cultura representan la "permanencia del hombre" en un medio, esto es, la continuidad de un modo de vida, de una "identidad" como pueblo y de un cultivo de valores que lo hace distinto.

Esto es lo que debemos aprender con urgencia para estimar lo que es la cultura y los cultores de ella. Debería hacerse una especie de "catálogo" de los "creadores" chilenos de este y demás siglos, distinguiéndolos de los que no lo son, o de los que son de otras cosas, quizás tan valiosas, pero distintas. Es necesario crear un ambiente propicio a la cultura porque con ellos estamos reafirmando nuestra propia identidad. Es conveniente ayudar al artesano de la cultura, al escritor, al artista, al investigador, al pensador, para que creen bienes nuevos, para que afiaten con más rigor nuestra cultura. En esto hay todavía mucho por hacer.

El hombre de hoy, más todavía el de mañana, tiene una mayor necesidad para recibir el beneficio de los valores culturales. Inclusive se nota una mayor responsabilidad por los valores vernáculos. Este hecho se ha ido perfilando poco a poco y va tomando ya la estructura de un movimiento casi plenamente consciente, en algunos sectores más sensibles a estos campos del espíritu. Es así como sólo hace algunos decenios en nuestro país el hombre medio asistía, con indiferencia, a la degradación y desaparición de los valores nacionales. Hoy día se hace patente una verdadera pasión por "salvar", "restaurar" y "redescubrir" lo nuestro. En esto podemos constatar una de las señales más reconfortantes de nuestra capacidad por encontrar los instrumentos necesarios para distinguir y afianzar nuestra cultura. Como hemos dicho, el mantenimiento y cultivo de los valores culturales de un pueblo es condición de su equilibrio y permanencia. La contribución que han hecho distintas nacionalidades a nuestro patrimonio ha quedado expresada en muchos aportes, difíciles de definir en detalle, pero fácilmente pesquisables desde el punto de vista del carácter que define a cada grupo étnico. En esto no debemos engañarnos. Muchas veces se indica a un chileno con nombres y apellidos extranjeros para señalarlo como exponente de una nacionalidad distinta a la nuestra. Se olvida, en tales casos, que estos hombres, aun cuando mantienen lazos consanguíneos y afectivos

con sus antecesores, se han formado espiritual y físicamente en un medio totalmente chileno. Son, por lo tanto, desde un punto de vista cultural, más chilenos que extranjeros, inclusive cuando éstos son bilingües. De ahí que la contribución de las nacionalidades extranjeras a la cultura chilena reviste etapas, formas y actitudes no siempre fáciles de explicar, interpretar y comprender.

II

Algunas pinceladas nos servirán para trazar un esquema de la constitución de nuestra cultura. En primer lugar, la presencia de España se manifiesta entre nosotros a través de ese pródigo vehículo que es la lengua de Cervantes y sus expresiones creadoras en el campo del espíritu. Es un legado máximo que Chile ha recibido y acrecentado como ninguno de los pueblos de Iberoamérica. Dos premios Nobel en Literatura así lo prueban.

Como la historia de la cultura es también historia del hombre, nuestra visión transitará de un lado a otro según nuestras conveniencias. Durante los siglos XVI y XVII predominó en Chile la llegada de españoles del sur. Los guerreros mejores de la tierra meridional venían a América a fundar familias. La Crónica de la Colonia nos evoca el espíritu aventurero que poseían. Valientes, altaneros, bulliciosos, apetados a sus fueros, cada uno de ellos era una especie de caudillo. La raza del Biobío fue una espléndida escuela para su valor y altanería. Toda esta región, militarizada por los hechos y envuelta en el espíritu de la guerra, engendró hombres inquietos y dinámicos, guerreros atrevidos, jinetes expertos que heredaron del español la firmeza en la silla y del indígena la destreza en el manejo de la lanza. La guerra de la independencia encontró esta generación, y con ella formó los primeros cuadros del ejército de la patria, que lucieron su valor en la lucha por la libertad. Sin embargo, a la postre, los defectos e insuficiencias del espíritu sureño dan paso a la supremacía de los elementos del norte de España, los castellanos viejos y vascos, cuya inmigración se acentúa en el siglo XVIII y al final de la Colonia. Los sureños no estaban preparados para la labor del comercio y la incipiente industria. Empobrecieron por su generosidad atávica y su imprevisión. Los norteños, con mayores aptitudes económicas, con espíritu de ahorro y sobriedad y con una mayor cultura, producto de la influencia del norte de Europa, ocupan su lugar. Son los que van a realizar la independencia y a organizar la república.

Es curioso anotar que estos dos pueblos —castellanos y vascos— que en España no lograron nunca fundirse y que vivieron en forma antagónica, en Chile van a producir una clase social de marcada personalidad. Están los Toro Zambrano, Larraín, Carrera, Eyzaguirre, etc. Según Fernando Campos Harriet, la concepción de la república portaliana es idea castellana, como, en general, lo fueron por origen los que la planearon y realizaron, a excepción de Portales, cuya familia, aun cuando castellana, venía de Lebrija; Prieto y Bulnes traerían la suya de León y Castilla la Vieja; Rengifo de Avila, Castilla la Vieja; Benavente, de Cáceres, Extremadura; los Pérez, García, también son de origen castellano. A partir de 1874 la evolución de nuestra democracia con Errázuriz Zañartu es vasca, dirigida por hombres de esa raigambre: Errázuriz, Lastarria, Amunátegui, Tocornal, Vicuña, los Gallo Goyenechea, Matta Goyenechea, Yrarrázabal, etc. Una vez organizada la república en la forma ideada por Portales, tras los cuatro decenios de gobiernos fuertes y centralizadores, Errázuriz Zañartu hace entrar las ideas liberales que traían el ancestro de sus antepasados vascos del valle del Baztán.

Hay que hacer notar que esta rara unión entre el vasco y el castellano se da a base de ciertas analogías esenciales: ambos son austeros, religiosos y laboriosos, pero mientras el castellano es místico y soñador, expansionista y centralizador, el vasco es realizador, lugareño, defensor de sus privilegios y de la pureza de su raza. Más amplia es la mentalidad política del castellano, más firme el criterio regionalista del vasco.

Si andaluces, castellanos nuevos y extremeños han sido las más firmes columnas de nuestra nacionalidad, los otros grupos regionales españoles han dado a Chile descendientes que han hecho honor a sus características raciales. Los gallegos han dado los linajes presidenciales de Pinto y Freire; el leonés, los de Prieto y Riesco; el catalán, individualidades tan eminentes como la de Manuel Montt, y como Arturo Prat, cuyo heroísmo constituye un ejemplo que nos enorgullece. Estos son los comienzos, el esqueleto del hombre chileno. Son las razas que ponen el punto inicial. Pero más allá del carácter que los distingue están sus obras, su espíritu objetivo, que ha ido cultivándose y expresándose en el hilo del tiempo y los dramas. Este mundo, tan lejos del europeo, pobre a ratos, devastador y hostil, no siempre dio las condiciones óptimas para estos trajines; incluso la simple vida tuvo serios contratiempos.

Cuando Pedro de Valdivia, español del Valle de la Serena, en la

baja Extremadura, penetra por el norte en la prolongada faja de tierra que él habría de conquistar, roturar, labrar y fecundar, y en la que en su hazañosa vida finiquitaría en ella, llega hasta el cerro Huelén para fundar la capital de Chile. Con los suyos traza, edifica, impulsa. Desde allí comienza a irradiar la cultura heredera de Grecia y Roma. Se suceden los lustros y plazos, templos y mansiones según las normas simples dadas por Carlos I de España en 1523: "Y cuando hagan la planta del lugar, repártanla por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dejando tanto compás abierto cuanto que, aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda proseguir y dilatar en la misma forma".

Era el siglo de la grandeza española, el XVI. De allí vinieron Valdivilia y los suyos. Español, renaciente y realista, había de ser el arte que en los años iniciales formaría la fisonomía chilena. El arte es algo que en su materia tangible y visible trasciende el alma humana. En el alma del chileno ha perdurado quizás más que en ningún otro pueblo hispánico. Se expresa desde un fondo racial de modos y costumbres del ser que pervive a través de todas las vicisitudes y calamidades. Al principio son maestros y alarifes, artesanos y artífices los que construyen en Chile; repetían lo que en España se hacía. La arquitectura inicial es modesta, precavida y sencilla. Sólo con la llegada de Joaquín Toesca en el siglo XVIII y más tarde de Claude François Brunet, Lucien Ambrose Henault y Eusebio Chillán en el siglo XIX, se abren las puertas a corrientes extranjeras que terminan por opacar el impulso dado en una sola dirección. Las casonas que se fueron construyendo por el país en la segunda mitad del siglo XVI no tenían casi decoración. De ellas se bosquejan las formas que tomará la casa chilena típica, con su natural carácter. Sus tres patios tiene paralelo con la casa andaluza de campo, es decir, Andalucía sigue estando aquí presente, como estuvieron los primeros grupos de emigrantes que por estas tierras llegaron.

La arquitectura religiosa es otra manifestación que corre a parejas con el espíritu peninsular, máxime si se toma en cuenta la motivación fundamental de venir a evangelizar las gentes de las Indias que había inspirado en su tiempo a los Reyes Católicos. En un principio, son las órdenes religiosas las que determinan las influencias arquitectónicas. Es entre los años 1600 y 1800 cuando estas construcciones adquieren con más evidencia la expresión plena del espíritu hispánico. El esfuerzo gastado en este campo estuvo destinado a privilegiar el templo religioso que va desde la modesta iglesia de una nave a la esplendorosa de tres

cruceros. Hacia 1600, Santiago poseía alrededor de 200 casas, la iglesia de San Francisco, una iglesia mayor en la Plaza de Armas, el templo de Santo Domingo, de la Merced, de San Agustín y las Claras. El maestro Juan Legama dirige las obras de la catedral santiaguina cuya construcción se inicia en 1561 y que se continúa más tarde en 1786 cuando Joaquín Toesca se hace cargo de los trabajos. La Catedral de Concepción, cuya construcción se inició en 1739 y concluyó en 1746, fue dirigida por el arquitecto Ludgardo Bravo, que se encontraba influido por Pedro Noguera de Lima, el cual trabajó en Sevilla en la realización de retablos.

La estela constructiva de la época de Carlos III llega también a Chile a través del corregidor Zañartu. La Casa de la Moneda fue proyectada por Toesca, quien para su aprobación mandaría los planos a Madrid, donde su maestro Sabatini construyera la famosa puerta de Alcalá y la iglesia de San Francisco el Grande.

En la arquitectura civil encontramos la innegable influencia castellano-andaluza. En las entradas monumentales, con gran profusión decorativa de baquetones y escudos del siglo XVIII, no pueden descartarse las influencias de Ribera, Churriguera y de todo el barroco hispánico. Desgraciadamente, la rudeza de los terremotos de nuestro país ha causado la pérdida de la mayoría de estos valores arquitectónicos que han sido modificados por las múltiples influencias que llegaron más tarde a esta joven nación.

Hoy día, ya no cabe duda alguna en hablar con propiedad de una pintura chilena. Desde un principio hubo una marcada caracterización en la pintura que más tarde se fue acentuando, llegando a configurar unos límites bien claros, un estilo, una temática, un colorido que en todo momento se identificó con el clima, con las costumbres, con la idiosincrasia de un pueblo muy peculiar. Así nació una pintura vernácula, costumbrista, notablemente luminosa, que canta al paisaje, al campo, a las montañas y al mar. Al comienzo se observa una notable influencia venida de Europa e incluso de América. ¿Cómo no vamos a mencionar toda esa rica tradición que primero vino de España a Quito y el Cuzco y después, cruzando el desierto norteño, llegó a los conventos y casas señoriales chilenos? De los talleres del fraile español Basilio de la Cruz, en el Cuzco, salieron muchos cuadros, y con él se formaron, entre otros, Juan Zapata Luga, autor de las réplicas que se conservan en el convento de San Francisco, ejecutados entre 1668 y 1685 y en donde es posible encontrar reminiscencias con acusado sabor manierista con evidentes entronques zurbaranescos. El propio Gil de Castro es

ejemplo de continuidad con la tradición española. Después, la influencia europea se multiplica con Carlos C. Wood, Alejandro Cicarelli (primer director de la Escuela de Pintura, en 1848), Mauricio Rugendas, Ernesto Charton, Raimundo Augusto Q. Monvoisin, etc. Algunos de ellos mantienen contactos o se identifican con los movimientos plásticos españoles. El francés Ernesto Charton de Treville (1840) se emparenta notablemente con Joaquín Bécquer, costumbrista de la escuela andaluza. En el apogeo romántico serán muchos los pintores que se identificarán a los seguidores de Goya, a los eclécticos y puristas, ya sean "nazareños", catalanes o madrileños.

III

Hemos dicho que la voluntad del pueblo chileno no quedó circunscrita al pedazo de tierra amable que se encuentra en el centro del territorio. Si allí sentó soberanía al principio, fue únicamente porque encontró la base de la potencialidad de la tierra como ámbito agrícola. La parte del norte, desértica hasta la saciedad, sólo cobró importancia cuando el horizonte económico de la minería urgió la presencia del hombre. Este empezó a recorrer pampas y serranías, con ese mismo espíritu aventurero de sus antecesores, en busca de los recursos del subsuelo que transformaron al desierto, durante el siglo XIX, en una fuente excepcional de riquezas. En esta aventura ya no estuvo sólo el chileno ni el hijo o nieto del español. Otros extranjeros se sumaron a esta gesta. Surgen las ciudades, se tienden ferrocarriles, se habilitan puertos para el movimiento de las mercancías, se exploran las fuentes de agua. El norte se transforma en un nuevo El Dorado, donde se fraguan fortunas y los espíritus aventureros encuentran un medio propicio. Hasta allí llegaron también las manifestaciones de la cultura.

La faja de territorio que se extiende desde Chiloé hacia el sur se mantenía dentro de una penumbra propicia a las leyendas. Poco se sabía de sus recursos y, en general, se la juzgaba con pesimismo por la hostilidad del clima y los elementos. Sin embargo, poco a poco, se van a revelar sus potencialidades originándose un importante flujo de población nacional y extranjera cuya gravitación será decisiva para el afianzamiento de la soberanía de esas regiones. El surgimiento de Magallanes y la valorización de sus territorios es historia de nuestro siglo. Ingenieros y geógrafos recorren la Patagonia occidental reuniendo información que posibilita la colonización de esas soledades. Es un área de clima sumamente severo, la antítesis del norte, donde el hombre no

encuentra condiciones favorables para su establecimiento. Y sin embargo, se atreve a enfrentarse a estos elementos. Primero, en forma incipiente y espontánea. Después, con la perspectiva de hacer fortuna. De las alquerías y aldeas primerizas van surgiendo pequeños pueblos. La ganadería es la gran esperanza de estos hombres. Estos esfuerzos van para largo y son los prolegómenos del Chile del futuro cuando estas tierras sean el trampolín natural para la colonización de la Antártica.

Todos estos cambios están entrelazados con el afincamiento de extranjeros de diferentes estirpes y origen que han venido al país, unos a constituir derechamente sus nuevos hogares a través de la colonización; otros a tentar fortuna personal en las nacientes posibilidades de toda índole que se abren en un territorio joven y aún inexplorado en sus riquezas. Siendo Chile el lugar donde se conjugan climas y naturalezas dispares, las opciones adquieren una pluralidad que hace posible dar satisfacción al más exigente. Hay quienes se vienen en torno a movimientos oficiales y sistemáticos de colonización, mientras que el resto tientan la iniciativa individual, generalmente inspirada por el llamado de un pariente o amigo que ya ha sentado reales en América.

Los primeros alemanes llegan alrededor de la tercera década del siglo pasado. Guillermo Frick, abogado nacido en Berlín, es quien recibe a las primeras familias alemanas de colonos en 1846, en el puerto de Corral. Bernardo Philippi se interesa por traer a Valdivia compatriotas suyos como colonos. En 1850 comienzan a llegar los barcos alemanes. Vicente Pérez Rosales da el impulso final a la emigración. Ya en 1860 existían 1.596 colonos en Valdivia. Un año después 638 personas habían adquirido la ciudadanía chilena haciendo suyo el juramento formulado por Carlos Anwandter, en 1850, antes de embarcarse para Chile: "Seremos chilenos honrados y laboriosos, como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda opresión extranjera, con la decisión y firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y sus intereses"¹. Son personas que, a diferencia de la tradición ya secular del campesino y artesano chileno, se caracterizan por efectuar ellos mismos los trabajos físicos y que poseen, asimismo, un cierto estándar cultural que los capacita para usar una técnica primaria, pero

¹R. del D. 5-IX-1976.

eficiente. Por eso dan impulso al desarrollo de las pequeñas industrias aledañas a las actividades agrícolas y manuales. Sabían hacer pan, mantequilla, dulces, licores, encurtidos, muebles, hilaban, tejían, limpiaban ellos mismos los establos y gallineros, acarreaban agua, picaban leña. Trabajos sociales que ocupaban a toda la familia, sin distinción, desde el más pequeño al más viejo. El sentido de comunidad resultaba así poseer un valor obvio. Al llegar la noche se lavaban, cambiaban de ropa y rodeaban la mesa familiar, cultivando la charla y la música. Poseían cualidades innatas de austерidad, pero cultivaron la amistad y la honradez entre sus congéneres y los chilenos que con ellos se asociaron. Para establecer compromisos entre alemanes rara vez se usó en esos tiempos el documento escrito, algo que los hispanos exigían desde que llegaron por acá. Bastaba un franco apretón de mano para representar el nombre y el honor.

Desde un punto de vista de su carácter, son elementos organizados en sus quehaceres, mesurados y por lo tanto extraordinariamente previsores. También aquí las diferencias con el chileno se hicieron notar. El descendiente campesino del andaluz no tenía desarrollado tales atributos. La condición de alfabetos y la tradición cultural europea, de algún modo les hace proyectar aportes interesantes en el mundo del espíritu y en lo material. En el campo de la música, los coros especialmente, son ejemplares. También en deportes y gimnasia. Su parquedad proverbial ante los extraños tiene su contrapartida en la alegría que muestran con sus íntimos. Su pragmatismo y previsión quedan resumidos en los tres huertos que cultivaban en sus casas para tener verdura fresca todo el año. Este trabajo constituyó una verdadera obra de arte y una proyección que no se puede subestimar. Por lo pronto valga la pena decir que los inmigrantes alemanes renovaron la monótona alimentación que poseía el chileno del sur. Flores, hortalizas, arbustos, árboles, fueron trabajados con primor. Ninguno de estos aspectos fue dejado al azar. A decir verdad, inmigrantes europeos de otras nacionalidades hicieron algo semejante, pero tal vez no con tanto arte y pulcritud como los alemanes. Por ello mismo cabe comprender el porqué la casa pasa a constituir uno de los elementos más importantes donde gira la vida familiar. Allí es donde se manifiesta la convivencia íntima. La vida social externa adquiere un carácter más ritualizado a través de los clubes deportivos y colegios que reúnen a la colonia y sus descendientes. Es posible que los hábitos europeos, provenientes de la rigurosidad del clima, hayan incidido en continuar esta práctica que en cierto modo dificultó la integración con las familias chilenas. En el

orden académico cabe hacer notar el importante impulso que hacen al progreso de la educación chilena la misión de profesores alemanes con que se inician las actividades del Instituto Pedagógico de Santiago y la Escuela Normal. En el campo militar, la influencia alemana es evidente en muchos aspectos.

Por su parte, los franceses que se avecindaron en Chile no difieren grandemente en cuanto a las demás nacionalidades europeas. Hay una base común constituida por la cultura secular que poseen estos pueblos. Los que vienen a Chile, un contingente numeroso pertenece en su mayoría al pueblo vasco que se encuentra políticamente ubicado en el territorio francés y que posee idénticas características que sus paisanos del lado español. El grupo más numeroso llega después de la Primera Guerra Mundial, la que le sirve a muchos como pretexto para alejarse de su suelo patrio y además, porque quieren progresar social y económicamente. El carácter de estos franceses irá de la mano de la región donde provienen. En general, poseen virtudes que los muestran como trabajadores porque el trabajo constituye para la mayoría el medio por el cual pueden advenir a un *status* superior. De ahí que se empeñan en superarse en sus acciones. Tienen espíritu de iniciativa y tesón. Son también aventureros. Es lo que empuja a muchos a meterse en los canales del Sur a enfrentar el sacrificio de una vida ruda e inhóspita. Es un hombre ahorrativo, a veces un tanto exagerado, austero e individualista. Sienten la nostalgia por volver a su lugar de origen. También fundan colegios especiales para cultivar su lengua y conservar sus valores culturales. El espíritu francés se hizo evidente en Chile en varios trazos de su historia. Recordemos la cantidad de chilenos que soñaban viajar a París en pleno auge de la riqueza salitrera. En la pintura, arquitectura, filosofía, letras, en las ideas libertarias de la Independencia, etc., la cultura francesa abrió surcos en Chile. Aún hoy existe una corriente continua de chilenos que se nutre de la savia francesa, especialmente en el orden de las ideas. La industria editorial gala ha tenido un buen mercado en Chile, especialmente en las capas cultas de su sociedad. Hay que señalar que aún se sigue enseñando la lengua francesa en nuestro sistema educacional, como una forma de acceder a los bienes culturales expresados en ese idioma.

La participación italiana también se ha hecho notar, aunque su número sea menor en Chile al que recibieron otros países vecinos de América. Por su raigambre latina se asimilaron con gran facilidad al país, tanto en su cultura como en el aspecto humano. Son motivaciones económicas las que principalmente los mueve a venirse a América. Por

lo mismo, se dedicaron con entusiasmo y abnegación a labrarse una fortuna. Entre ellos vienen agricultores, artesanos y profesionales. Con motivo de la colonización de la Araucanía llega un grupo importante a radicarse en lo que será Capitán Pastene, a finales del siglo XIX. Pero en los principales puertos y ciudades fijan su residencia otros que solidariamente van sumándose a familias y amigos establecidos. La región de origen de estos italianos se hará también sentir con fuerza en sus éxitos y fracasos por adaptarse a la vida nacional. En general, por su temperamento simpático y accesible serán bien recibidos en cualquier lugar donde se asienten. El italiano del norte se caracterizará por ser más trabajador que el sureño; apgado con unción a la familia, unidos a sus congéneres hasta la devoción. A pesar de ser menos extrovertido que el hombre del sur, no le va en zaga al momento de integrarse. Esta facilidad de integración del italiano hace que prontamente las familias pierdan el uso de su idioma, aun cuando conserva algunas costumbres que introducen por esta misma vía al chileno. Es el caso de muchas comidas italianas de uso común ya en nuestro pueblo. El carácter más organizado del nortino se expresa también en ciertos rituales sociales. Funda compañías de bomberos, clubes deportivos, etc. En esto, varias nacionalidades manifiestan idéntica tendencia. Resulta típico en nuestras ciudades el Club Alemán, Italiano, Español; lo mismo en lo deportivo, bomberil, etc. El italiano del sur, tal vez por influencia del clima, posee en cambio un temperamento extrovertido. No le gusta hacerse problemas de la vida. En su carácter resulta ser un tanto la antítesis del nortino. Estas dos ramas van a cruzarse y derramar su influencia en la nacionalidad chilena. El arte recibe un fuerte estímulo mediante el concurso italiano. Siendo un pueblo riquísimo en tradiciones artísticas de todas clases, cada italiano resulta ser un portavoz de lo que ve y escucha en su medio natal europeo. Baste sólo decir que mucho de la afición que algunos sienten por la ópera en estos lugares es producto de un complejo proceso de estímulos y motivaciones que se entroncan con los italianos que pasaron o se quedaron en Chile. Es curioso señalar que las generaciones que siguen a estos primeros colonos —rasgo por lo demás típico de las demás nacionalidades— tienden a profesionalizarse. La mayoría emigra del campo y ciudades pequeñas donde se radicaron sus progenitores, distanciándose paulatinamente de la herencia cultural y social en que fueron formados. Sin embargo, algo de lo recibido entregan al resto como consecuencia de su carácter individual y del temperamento con que abordan sus correspondientes quehaceres. Hay que hacer presente que el primer hombre blanco

europeo que pisó nuestro territorio fue italiano: Antonio Pigafetta, cronista de Magallanes, 15 años antes de Almagro. Con Valdivia ya llegaron varios genoveses y otros italianos. Fueron el grupo de europeos más numeroso después de los peninsulares. De ellos descienden familias que han escrito páginas históricas y sociales relevantes en Chile. Mediante planes de colonización llegaron a Chile sólo 247 familias, en total unas dos mil personas que se ubicaron en Capitán Pastene, en La Serena y Parral. Muchos se quedaron en esos lugares, otros emigraron a regiones más benignas y, en fin, los menos regresaron a Italia.

Se caracterizan por ser tradicionalistas. Esto es bueno para que la familia se sienta solidaria y unida. Pero sobre todo son dedicados al trabajo. En ellos prima la regla, anotada precisamente por un italiano de Viña del Mar: "Si eres pobre, trabaja. Si eres rico, sigue trabajando. Si te abruma las cargas y responsabilidades, trabaja. Si eres dichoso, no dejes de trabajar. El ocio engendra la duda, el temor, el hastío. ¡Siempre trabaja!".

La corriente árabe no deja de ser importante. Se estima que unos 150.000 habitantes de Chile llevan sangre árabe. Desde 1885 la corriente emigratoria no ha dejado de fluir, principalmente después de las dos grandes guerras y de los conflictos en el Medio Oriente. El despotismo turco les obligó a emigrar a Europa y allí se contagieron con los españoles, italianos y yugoslavos que emigraban a América. Es lo que explica el fenómeno extraño que de tierras tan distantes y ajenas llegaron a Chile palestinos, primero, y luego sirios y libaneses. Chile les atrajo por la facilidad de comerciar y hacer fortuna. La existencia de familias palestinas que montaron industrias textiles, aumentó el entusiasmo de los habitantes de Belén y Betyala, dos pueblos de los cuales proviene más del 60% de los emigrantes árabes en Chile. El otro grupo proviene de la ciudad siria de Homs. En su carácter se demuestran apasionados por lo que ellos consideran bello, como la danza, la poesía, la música. Son hospitalarios y poseen un admirable concepto de lo que es el hogar y la felicidad. Resultan ser un poco tradicionalistas en la disciplina familiar, aun cuando son ejemplares por preocuparse de las necesidades de su grupo consanguíneo. Más de mil profesionales universitarios son la cara moderna de una colonia que tuvo que sufrir en un comienzo el desdén y hasta la soberbia del resto de los chilenos. El árabe representa una cultura milenaria, con fuertes tradiciones atávicas, pero que, no obstante, se ha ido integrando paulatinamente, aunque entre los diversos grupos étnicos de ellos no siempre se unen

con facilidad para crear organizaciones que los aglutinen. Han desarrollado un fuerte esfuerzo por conseguir los ideales que los trajeron hasta Chile. Constituyen una comunidad de hombres que dan una imagen noble, sencilla, emocionante por su drama, alentadora por su esfuerzo, capaz de atraer la simpatía y despertar la admiración.

La presencia de los norteamericanos en Chile ha sido, por su parte, permanente a través de nuestra historia. Recordemos los casos del cónsul Poinsett, el marino Paul Delano Tripp, Enrique Meiggs, Charles Whiting Wooster, que llegó a ser comandante de la Armada chilena, William Wheelwright, introductor de la navegación a vapor, del ferrocarril y de los cuerpos de bomberos voluntarios. La mayor parte de los que le siguen han vivido transitoriamente entre nosotros, como funcionarios de grandes empresas, misioneros, investigadores, artistas, banqueros, mineros. Los realmente inmigrantes no pasan más allá de 250 adultos. El carácter que los distingue es su gran confianza en lo que emprenden. Es trabajador y seguro. Les gusta viajar y aplicar el padrón norteamericano a todo lo que ven. Cariñoso y sociable. Revelan especial preocupación por las actividades culturales y se asombran por la falta de interés que damos a las costumbres y tipos nacionales. La colonia chilena vive añorando el mayor movimiento cultural existente en su país de origen. Lentamente, sin embargo, los descendientes van siendo absorbidos por las costumbres nacionales y olvidándose un tanto de su ascendencia. A través de los consulados están entregando constantemente material cultural de diversa índole.

La corriente yugoslava con generosidad ha entregado también su aporte a la cultura nacional. Nombres como Roque Esteban Scarpa, Lenka Franulic, Pablo Casanegra, Lily Garafulic y muchísimos otros son orgullo del acercamiento espiritual y racial entre chilenos y yugoslavos. Curiosamente, no llegaron a las tierras fértiles de Chile de la zona central, sino que se fueron a los extremos. Cerca de tres mil se instalaron en el norte y otros tantos en el sur. El salitre y el oro eran su esperanza, pero el sueño debió cambiarse. Muchos se fueron a otros lugares, pero hubo quienes se quedaron a preservar la presencia yugoslava en Chile. Traían consigo el bagaje inapreciable de su tradición cultural milenaria, incorporada a su fisonomía como carácter atávico. Eran cualidades espirituales de ingenio, visión del futuro, tesón y constancia, empuje, coraje y laboriosidad, sobriedad en el vestir y sentido del ahorro. Cualidades que, ya hemos visto, fueron comunes a muchas colonias extranjeras. Son económicos. Las mismas condiciones difíciles de vida a que se enfrentaron los mantuvieron unidos en los prime-

ros tiempos. Quieren entrañablemente la región donde viven. Lo que consiguen lo hacen a costa de grandes esfuerzos. La Dalmacia, de donde venían, es tierra dura, entrega poco con mucho esfuerzo y el hombre se acostumbra a lo poco; de ahí que aspiren a un bienestar razonable. Hay quien afirma que el propio nombre de Yugoslavia nació en Chile (Antofagasta). Gran unidad familiar, trabajadores, capacidad para integrarse al medio, cariñosos y honrados, completan el cuadro de sus virtudes.

En el mundo de las ideas la influencia extranjera se manifiesta en diferentes épocas, pero siempre en forma proyectiva. Algunas contribuciones son directas y pertenecen a hombres que nos visitan o se radican en Chile: Lozier, Domeyko, Claudio Gay, Armando Philippi, Alberto Obretch, Andrés Bello, Sarmiento en el siglo pasado; en el presente, el polaco Jasinowski, el español Ferrater Mora, el húngaro Marcelo Neuchloz, el italiano Ernesto Grassi, el yugoslavo Raimundo Kupareo, y un largo etcétera. Son personajes que brillan con luz propia, pero que de algún modo representan a sus países de origen.

Nuestra revista podría prolongarse indefinidamente para no herir susceptibilidades, pero razones de tiempo y oportunidad nos obligan sólo a recoger algunas pinceladas. Estamos conscientes que nos falta hablar de los ingleses, portugueses, americanos como Bello, Sarmiento, etc.; suizos, griegos, lituanos, polacos, húngaros, israelíes, etc. Todos ellos, en conjunto han plasmado lo que somos. De entre los países de Iberoamérica tal vez ninguno como Chile constituye un crisol de voluntades y esfuerzos para consolidar un tipo de hombre y de cultura que recoge eclécticamente lo que muchos dejaron. Así como en el orden telúrico nuestra patria es un conjunto abigarrado de cualidades naturales de todas clases, asimismo, hombres venidos de todas las latitudes han dejado sus semillas humanas y espirituales en un vasto piélago que nos contiene a todos unidos por ideales comunes y que llamamos "Cultura Chilena". A todos ellos rendimos tributo de admiración y recuerdo en esta sesión inaugural del Segundo Congreso de Institutos Binacionales de Chile.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

FERNANDO CAMPOS HARRIET. *Revista Geográfica Española*. N° 47. 1969.

ROGER CLEMEN. *Hacia una civilización del futuro*. Planeta. 1973.

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*.
Dos volúmenes. s/f.

JOSÉ FERRATER MORA. *Diccionario. "Cultura"*.

INSTITUTO DE FILOSOFÍA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN. *Cuadernos de Filosofía*. N° 6. 1977.

JULIÁN MARÍAS. Diario "El País". Madrid, 6-XI-1977.

ENRIQUE PÉREZ COMENDADOR. *Revista Geográfica Española*.

REVISTA DEL DOMINGO de *El Mercurio*. Fechas: 4-V-1975; 11-I-1976; 29-II-1976; 5-IX-1976.

HUMBERTO ZACCARELLI SICHEL. *Revista Geográfica Española*.